

El Siglo

HEMEROTECA
MUNICIPAL

XIX.

De Enero de 1837 a Marzo de 1838.

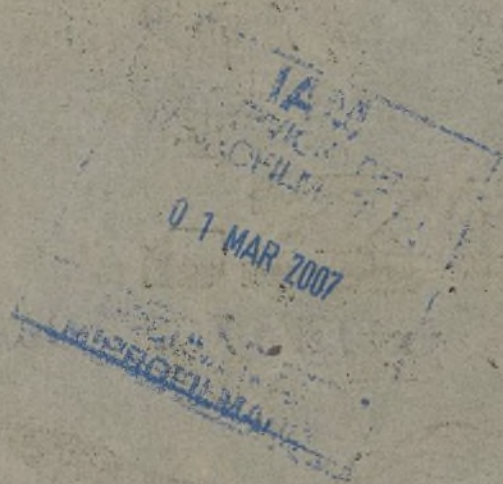


— 10:0:10 —
Entrega 7.
— 10:0:10 —

— MADRID, FEBRERO DE 1838. —

Imprenta de don Narciso Sanchiz, calle de Jardines, núm. 36.







COSTUMBRES NACIONALES.

EL RAPTO DE BÁRBARA.

ERA de noche: un torrente de lluvia se desgajaba de las nubes; la luna tiritando de frio se ocultaba con su séquito de estrellas tras de las negras y espesísimas nubes que encapótaban el cielo, y el huracan silvando con estruendo en las ruinosas chimeneas de una manchega villa, arrancaba el hollin de que se ven cubiertas, apagaba el humeante estiercol de los fogo-

nes y obligaba á persignarse á mas de cuatro viejas que el trisagio rezaban. Todo estaba en silencio. Hombres, campanas, animales, almoreces, cuanto es capaz de articular una voz, cuanto es dable que produzca un sonido, permanecía mudo é inerte presentando el pueblo todo el silencioso aspecto de las catacumbas de París. Solo un acento se escuchaba, pero un acento de muerte, un acento lúgubre y prolongado que cualquiera interpretaria por el de la trompeta de los ángeles en aquel tremendo día en que resuene para decir: "levantaos » muertos y venid á juicio." Este fúnebre sonido (perdonad amables lectores) salia del horadado cuerno de un gañan, que arropado en su manta y encajonado en el umbral de la puerta de su querida, lamentaba con tristísimos ayes sus desvíos, é invocaba con el doloroso son de su corneta á la diosa de la venganza. Es de advertir que en ciertos pueblos de la Mancha los mozos que desgraciadamente han coronado su amor con calabazas, tienen la costumbre de dar por espacio de muchas noches seguidas esta fúnebre música á sus desdeñosas queridas. Con ella consiguen dar á su furor un inocente desahogo privando del dulce sueño á sus ingratas enemigas, y despues que han derramado soplando esa amarga hiel que tan dulce sabor tiene en el momento que se vierte, proyectan tranquilamente otros nuevos esponsales, olvidando de todo punto sus primeros amores.

Largo rato hacia ya que el malhadado mancebo permanecía en tan angustiosa posicion, cuando sintió abrir el postiguello de una ventana que tenia bien conocida y asomar por él dos femeniles manos atadas con un recio cordel. Oyó en esto una voz débil que le decia: "*Gavilan*, si tienes navaja y me quieres como dices, corta estos nudos que me sujetan las muñecas.

No consuela mas la caliente sábana al enfermo que sale tiritando del baño como regocijaron al músico cornudo (quiero decir al tocador del cuerno) estas májicas palabras de su querida. Encaramóse cuanto pudo sobre una piedra, imprimió cual otro *Manolo* * el sucio beso de sus sucios labios en las

* Alusion al conocido sainete de este título.



manazas bellas, y deshizo en un momento las ligaduras que las sujetaban. Un suspiro se exhaló de la boca de la hermosa que fue seguido de esta lacónica espresion: "el corral está abierto"; una *harinaza* de huevo cayó á los pies del amante, el postigo se cerró lentamente, y la heroína desapareció.

Imposible es describir el ánsia con que ya el afortunado *Gavilan* se apresuró á recojer del suelo la amorosa fineza, no por hambre en verdad, porque acababa de cenarse una sarten de migas, sino porque aquella torta habia sido probablemente amasada por *Bárbara*, y *Bárbara* tenia el don de esparcir el huevo con igualdad y de sembrar con inteligencia el anís entre las hendiduras de la masa.

Limpióse lo mejor que pudo el agua que á rios le bajaba por la frente, sacudió las abarças, dió un par de cachetes á la montera para que soltase la humedad, y ajustándose la faja donosamente á los riñones, dió la vuelta á la esquina y entró en el corral por una de las puertas que halló en efecto entornada. A breve rato distinguió una fantasma que se deslizaba entre el estiercol con un farol en la mano. A la trémula luz que esparcía, distinguió las hermosas facciones de *Bárbara*, que pálida y azarosa se dirigia hácia él, deteniéndose á cada paso y dirigiendo á todas partes sus aterradas miradas. "Sígueme, le dijo apenas le hubo reconocido, llueve demasiado y no podemos hablar aqui." Obedeció el amante y la siguió con impávida planta. "En la cuadra, dijo la heroína deteniéndose, pero no.... el zagal es muy facil que despierte para echar pienso á las mulas. Acaso en esta jáula.... pero tampoco.... la marrana gruñirá al ver la luz y despertará á mi padre.... entremos en la leñera...." Hizo en efecto ademán de abrir la puerta de este gabinete, cuando el formidable ladrido de un mastin resonó en el cóncavo de la estancia, produciendo el efecto de un súbito cañonazo en una noche de alarma.—¡Maldito perro! exclamó *Bárbara* retrocediendo algunos pasos, somos perdidos con este animal que el diablo ha traído aqui para mi desesperacion si no consigo acallarle, y diciendo esto se volvió á acercar á la puerta llamándole cariñosamente por su nombre: "*soberbio, soberbio,*

chito, á las árgañas. * El vigilante centinela obedeció al punto reconociendo la voz de su gefe; arañó la madera como queriendo salir á disculpar su temeridad, y al cabo se volvió á su cama de paja, dejando escapar á intervalos un gruñidor ronquido. Libres por fin de aquel susto se encaminaron los dos amantes al interior de la casa, y atravesando un largo pasillo lleno de yugos, arados, espuelas y demas aperos de labor, pusieron el pie medroso en el húmedo piso de un aposento solitario. Sobrecogióse de terror el mancebo al encontrarse á tales horas en aquel lóbrego recinto, y queriendo adivinar el lugar en que se hallaba dirigió una mirada inquieta en rededor de sí. La noche envolvía en una densa oscuridad los objetos, y el macilento farol de Bárbara se asemejaba en aquella vasta mansion á la punta de un cigarro encendido en la espesura de un bosque. No obstante, el debil resplandor que esparcía dejaba distinguir dos prolongadas filas de bultos inmóviles, que empotrados en los muros, representaban al vivo una galería de sepulcros de los antiguos panteones. Percibíase en el fondo la abertura de un foso, y al pie de este se destacaba una rampa que iba á perderse en el lóbrego confin del aposento pavoroso.—¿Dónde estamos? preguntó persignándose el asombrado *Gavilan*.—En la bodega, contestó friamente la doncella, y esas mudas tenajas, únicos testigos de mi imprudencia, no descubrirán el secreto que te voy á revelar. Acércate y mira. Aproximóse el mancebo al rincon que le señalaba y descubrió en él una enorme viga que servía para la prensa del lagar.—Y bien ¿qué quieres decirme con esto? preguntó despues de haberla reconocido.—¿No observas en ella unas manchas de sangre? contestó la doncella acercando la luz.—Es cierto, repuso *Gavilan*, y no imagino de quién sean ni qué oficio tiene esta sogá de esparto que está anudada en la argolla.—Pues esa sangre, continuó *Bárbara* sollozando, es la de mis pobres costillas, y esa sogá es la que sujeta estos brazos cuando mi padre se enfurece porque te nombro.—Petrificado de horror quedó el estupefacto gañán al escuchar estas palabras: echó la mano á la cabeza,

* Espresion usada entre los labradores para mandar á un perro que se eche sobre el hato.



apretó los puños, rechinó los dientes, tiró la montera contra el suelo, y quedó en la actitud de un mudo que se desespera ó de un desesperado que enmudece.—Oyeme, dijo sacando fuerzas de flaqueza la sensible muchacha.—Desde el domingo pasado en que vinistes á pedirme por esposa, no he cesado de experimentar los mas crueles martirios, porque viendo la negativa de mi padre, dije que nunca me casaria con otro mas que contigo. ¡Ah, pluguiese al cielo que yo hubiese pronunciado la mas horrible maldicion contra los hidalgos, que hubiese deseado la muerte de la vaca coja, que es su animal favorito, que hubiera roto esa tenaja de vino añejo á quien él llama *su mujer*....; en fin, qué sé yo, cualquiera cosa hubiera sido mejor que decirle que te queria: y todo ¿por qué? porque eres sobrino de un carnicero; mire V. que delito, cuando el carnicero entiendo yo que es un hombre que vende carne como mi padre vende vino y nada mas.—Asi es la verdad, dijo *Gavilan* un poco mohino, ademas de que mi tio vende macho y obeja y nunca tiene cabra como otros cortadores que ha habido en el lugar.—Pues ahí tienes, continuó *Bárbara* llorando, ahí tienes la causa por qué llevo golpes de continuo, por qué ayuno muchos dias, por qué me atan de noche á la cama para que no pueda asomarme al postigo, y por qué... y porque en fin te quiero mas que nunca y te suplico que me saques de aqui para depositarme en casa de mi prima la *recobera*.—A este punto llegaban de su amoroso diálogo, cuando sintieron los pasos de un hombre que entraba apresuradamente con un garrote en la mano.—Dios mio, Dios mio, es mi padre, gritó *Bárbara* toda trémula, corriendo á refugiarse tras de los capachos de la casca.—Sí, yo soy, dijo con ronca voz el colérico *Paparrabias* (tal era el nombre del nuevo interlocutor) yo soy el que vengo á mullirte esos huesos de gitana, y á quitarte las muchas carroñas que tienes con los nudos de este cerezo. Y diciendo y haciendo sacudió tan descomunal porrazo con ambas manos que el farol vaciló, y una enorme tinaja que cerraba la entrada á la guarida de la heroína se abrió por tres partes derramando por cada herida un torrente de vino del que cerraba en sus entrañas.

Este fue el primero y último golpe que pudo descargar el iracundo cosechero, porque en aquel mismo punto se sintió asir fuertemente por las espaldas; una rodilla de piedra le hizo doblar el espinazo, y unas manos de hierro, arrastrándole con violencia, le precipitaron en el foso donde estaba empotrada la caldera del mosto.

¡Huyamos!, exclamó agitado *Gavilan*, estrechando en sus brazos á la desmayada *Bárbara*. ¡Huyamos de este sitio de maldicion! Tu padre sin pensarlo acaba de dar la muerte á su *muger*; mil torrentes de sangre circulan por el suelo, y el respetable autor de tus dias yace sepultado en un baño de mosto sin calor y sin sentido.

Recogió, esto diciendo, su preciosa carga, atravesó con presteza el oscuro callejon, el patio, la jaula, la cuadra, la montaña de estiércol, el corral, y recogió por fin en libertad el aire del cielo y el agua de las nubes.

A los tres dias de suceder esta aventura, *Bárbara* y *Gavilan* celebraron sus bodas. Un hombre de ojos chispeantes, barriga abultada y nariz de berengena recostado á la puerta de la casa del cura le reconvenia ásperamente porque habia echado su bendicion á los esposos, conociendo la baja estirpe del contrayente, pero el venerable párroco sin alterarse ni descomponer su gravedad le decia: Modérese V. tio *Paparrabias*; yo sé muy bien cual es mi deber, y no sufro amonestaciones ni reproches. En todo pais donde hay matrimonios está permitido por las leyes que el sobrino de un *carnicero* pueda casarse si quiere con la hija del *verdugo*.

CLEMENTE DIAZ.



ANTIGUOS SOLITARIOS DE LA INDIA.

Todos los monumentos que nos quedan de la historia antigua dan á entender que los solitarios de la India fueron los primeros filósofos, teólogos y legisladores del mundo; todas ó la mayor parte de las ciencias les eran familiares, como se puede inferir por las infinitas curiosidades que de épocas tan remotas conservan los emperadores de la China.

El *Shastta* es el primer libro de teología de los brahmanes: las doctrinas filosóficas de los antiguos solitarios indicaban tener el *Teísmo* por base, creían en la existencia de un Dios, causa primera y soberana, y en la eternidad de la materia en el seno de la divinidad. Sus costumbres eran suaves, en extremo frugales: vivían separados del resto de los hombres entregados á la meditacion y al estudio. En los fragmentos que nos quedan del *Ezourveidan* y *Cormoei-dan* no se leen los asesinatos, robos é incendios que manchan las historias de todos los pueblos. Es verdad que conservaban la horrorosa costumbre de quemarse las mugeres en las piras de sus maridos, aunque era en ellas un acto voluntario; es inconcebible cómo un pueblo que nunca derramaba la sangre de los hombres ni aun la de los animales tuviese por el acto mas noble el de arrojarse á las llamas; solo la supersticion puede amalgamar costumbres tan encontradas y ser el origen de este espantoso sacrificio.

Entre la multitud de solitarios célebres de que hace mencion la historia antigua, los nombres que mas figuran son los de *Visevamisra*, *Usaya* y *Bouda*. El primero es el héroe de la *Ramayana*, el mejor de sus poemas épicos, cuyo autor se cree ser *Valmiski*; insertaremos algunos trozos para que se pueda formar una idea del gusto de aquel tiempo.

«..... El descendiente de *Kousica*, lleno el corazon de remordimientos, se retiró á una espantosa soledad, á donde solo se oía el bramido de los vientos y el eco misterioso que respon-

dia al estampido del trueno en las cavernas: allí pasaba sus días en contemplacion inmóvil como el tronco de un árbol.

Los *dioses*, envidiosos del premio á que se hacia acreedor con sus penitencias, tuvieron consejo con los *genios* y los sabios. *Sacha* por fin encontró un medio para arrancarlo de sus meditaciones; llamó á *Ramba* y la dirigió este alagüeño discurso. "Oh tú divina *Ramba* que posees el arte seductor de hacer amar, los dioses te llaman para que con tus encantos deslumbres al virtuoso *Visvāmitra* y lo distraigas de sus mortificaciones", dijo: y *Ramba* con las manos cruzadas en señal de sumision contestó: Poderoso *Indra*, ¿cómo he de triunfar del jefe de los ascéticos? Su virtud es inaccesible á mi hermosura; y si conoce el engaño me maldecirá. El padre de los *dioses* la consoló diciéndola. "Tu voz es encantadora: no puede haber mortal que resista á su imán. No temas; en medio del ramaje del bosque estaré yo á tu lado, con el Dios de amor; bajo la forma de un *Kokila* (ruiseñor), no te detengas vuela á buscar al solitario.—A la orden del soberano de los cielos va la bella *Ramba* al bosque.

El ilustre penitente escucha estasiado el canto del *Kokila*, y ve á la hermosa *Ramba*. Los céfiros juegan á su alrededor y los divinos aromas embalsaman las brisas. Siente *Visvāmitra* penetrar en su corazón el violento fuego del amor, lanza una mirada apasionada á la divina *Ramba*, y ya está próximo á sucumbir.... cuando el recuerdo de sus faltas lo llena de turbacion, reconoce el artificio y maldice á *Ramba*.

Fueron tan excesivas las penitencias que hizo para espiar aquella falta, que los dioses le dirigieron estas palabras desde el cielo...

Virtuoso *Visvāmitra*, recibe nuestras bendiciones, y que tus días sean tan serenos como lo es el cielo que habitamos. Arrebatado de placer se postró en tierra, &c.

Estos fragmentos de literatura, al paso que dan á conocer el asceptismo y entera abnegacion en que vivian aquellos solitarios, dan una idea ventajosísima del gusto de los escritores de épocas tan remotas.=J. P.

